

La ironía

como revolución en Robert Walser

Carlos Andrés Salazar Martínez



Una de las conclusiones más atractivas que pone en consideración Lukács en su libro *Teoría de la novela* es aquella que afirma: “La ironía es, en un mundo sin Dios, la más alta libertad posible”. Y es a partir de esa posibilidad que se puede estar de acuerdo con el hecho de que la ironía ha sido uno de los conceptos centrales de la posmodernidad y una de las herramientas estéticas del arte de vanguardia. A principios del siglo xx Robert Walser la utilizaría como remedio para los males que aquejan a una sociedad sumida en el tedio.

La ironía, más que una figura retórica, es una estrategia de conocimiento. Para definirla es pertinente recuperar uno de

los trabajos más lúcidos que sobre ella se han escrito: la tesis doctoral elaborada por Kierkegaard a mediados del siglo XIX, *El concepto de ironía con referencia constante a Sócrates*, de la que, podría decirse, surge el principio según el cual la ironía muestra la falta de estructura y alerta sobre el peligro de creernos dueños de la verdad. En tanto que negatividad, la ironía es la más ligera denotación de la subjetividad, y el goce del ironista es el más abstracto de todos, el más vacío de contenido; y es seguro que entre los más fieles seguidores a ese goce está la figura de Walser.

Para saber de quién se habla cuando hablamos de Robert Walser es necesario rastrear lo que dicen aquellos que bajo su influencia buscaron desmascarar al hombre contemporáneo. Müsil dice que Walser

No es, ni por lo más remoto, un revolucionario o un marginal de sentimiento; es más bien, en la mayoría de sus reacciones, un buen hombre risueño, algo caprichoso, pero que peca continuamente contra la exigencia inalienable que tienen las cosas del mundo exterior o interior: a las que consideramos reales [...] En él la seriedad de lo real recobra vida, súbitamente, al hilo de alguna asociación verbal; exceptuando que la asociación, en Walser, lejos de ser únicamente verbal, se extiende a los significados;

de modo que la línea emocional que sigue, en el momento de elevarnos para alguna gran inspiración, se desvía y se prolonga, con un balanceo atenuado, en dirección a una nueva tentación. Por lo demás, no pretendo en absoluto que se trate de un juego; pero, en cualquier caso —pese a una maestría verbal fuera de lo común y a la que resultaría fácil aficionarse—, no de un juego literario; más bien de un juego humano, lleno de agilidad, de ensueño, de libertad, y que ofrece toda la riqueza moral de esos días de asueto, en apariencia inútiles, en que nuestras más firmes convicciones se disuelven en una agradable indiferencia.

Kafka, que según Elias Canetti no existiría de no ser por su irónico maestro, pregunta en una carta a su editor:

¿Que Walser me conoce? Pues yo no lo conozco a él, pero conozco *Jakob von Gunten*, un libro excelente. No he leído el resto de sus obras, en parte por culpa de usted, ya que, a pesar de mis consejos, se ha negado a comprar *Los hermanos Tanner*. Creo que Simon es uno de esos hermanos Tanner. ¿Acaso no vagabundea, nadando en la felicidad, para no producir, en resumidas cuentas, nada, a no ser el goce del lector?

Robert Walser nace en Viena en 1878 y muere el día de navidad de 1956 mientras

realizaba uno de sus acostumbrados paseos en Herisau, Suiza, lugar en donde hacía veintitrés años vivía en un asilo de alienados.

En sus textos, Walser rinde tributo a su costumbre de paseante; en *El paseo* —otro de sus relatos— da cuenta de cómo las caminatas son una necesidad inevitable:

Pasear me es imprescindible, para animarme y para mantener el contacto con el mundo vivo, sin cuyas sensaciones no podría escribir media letra más ni producir el más leve poema en verso o prosa. Sin pasear estaría muerto, y mi profesión, a la que amo apasionadamente, estaría aniquilada.

Su literatura, por tanto, posee la fragmentación del que contempla las cosas de paso y el ritmo sosegado que imponen los caminos. Y es con ese ritmo que Walser expone en sus libros la armonía que existe entre todo aquello que es opuesto entre sí. Para Walser ese choque de fuerzas es la vida misma. En *El bandido* es él mismo quien afirma:

Para querer poner orden a la vida hace falta haber vivido en el desorden. De este modo, pues, resulta que ser ordenado conduce al desorden, la virtud al vicio, el silencio a la oratoria, la mentira a la franqueza, lo último a lo primero, y el mundo y la vida de nuestras cualidades marchan

bien... y esta breve historia es una suerte de discurso intercalado.

Y es así como, en medio de esa extensa variedad de discursos intercalados, Walser encuentra no sólo el poder de la ironía sobre el tedio sino también un mecanismo para encausar sobre esa oposición su propio estilo. Es en ese mismo libro donde Walser da una de las claves que posibilitan el acercamiento a su obra: “Por supuesto que la alegría tiene una gran importancia, pero alegría y seriedad tienen que alternarse para que la seriedad termine siendo seria; en otras palabras: tienen que colindar o aproximarse la una a la otra”.

Jakob von Gunten, por ejemplo, es un cuento de hadas, prohibido para niños. En él su autor se propone enfrentarnos a los enemigos y demonios que gobiernan nuestra vida entrando a la adultez.

“Claro que las figuras del cuento no se parecen a las de Walser. Luchan todavía para liberarse del sufrimiento. Walser empieza donde acaban los cuentos. Pues, si no han muerto, siguen vivos. Y Walser muestra cómo viven”. Y es precisamente esta referencia, en la que Walter Benjamin compara los textos de Walser con los cuentos, lo que nos permite identificar claramente que estamos ante uno de ellos, aunque éste empiece donde los otros terminan.

Durante el relato es evidente que estamos en pre-

sencia de un príncipe para quien su bosque encantado es la realidad misma: el instituto en el que pretende prepararse como sirviente, una princesa que debe ser rescatada, un escudero que al mejor estilo del Quijote es opuesto al protagonista pero lo complementa y, cómo no, un dragón al que en vez de dar muerte es mejor agenciarle la libertad.

Lo importante de los cuentos, como bien resalta Benjamin en *El narrador*, es que éstos enseñan “que lo más aconsejable es oponerse a las fuerzas del mundo mítico con astucia e insolencia”. Y en este mundo mítico representado por Walser, en el que nuestro enemigo es la realidad misma, no existen pócimas, encantamientos o varas mágicas que nos den la salvación o un triunfo definitivo. Para enfrentar la realidad sólo contamos con las pequeñas y desperdigadas victorias que nos regala la ironía.

Es de esa manera como en su primera novela, *Los hermanos Tanner*, Walser, con 28 años de edad, ya ha encontrado su propia voz y se atreve a decir:

Quando se recrimina a un subalterno se le hace sufrir, y ello con la intención secreta de herirlo de verdad, haciéndole sentir el rango superior en que uno mismo se ha situado. A un criado sólo se le reprende, en cambio, con el propósito de instruirlo y de formarlo como uno quiere que sea. Pues un criado nos pertenece, mientras que con

un subordinado la relación humana termina cuando la jornada laboral llega a su fin”.

Será entonces, luego de exponernos a la cruel encrucijada de la realidad, que el autor es capaz, a su vez, de alzar su voz para ser insolente con sus superiores y decirles:

No se le ocurra ofrecerme un puesto de vacaciones. Para mí no tienen ningún atractivo; me moriría si me dieran vacaciones. Quiero luchar con la vida hasta hundirme yo solo, no quiero saborear la libertad ni las comodidades, odio la libertad cuando me la tiran en la cara como se tira un hueso a un perro.

Con este mismo vigor estilístico, el de cambiar el curso de la rutina con sus conjuros siempre oportunos, es que dos años después Walser publicará *Jakob von Gunten*.

Muy consciente de esa desventaja con la que desafiamos el devenir, Roger Bartra nos presenta nuestra única arma para conquistarlo: “así como el destino se encarna en la tragedia, el carácter se ubica en la comedia”. Y Walser, en voz de Jakob, no se molesta en decirnos: “Pero es que yo, por ejemplo, soy muy partidario de la comicidad, que sin duda tiene cierta magia”.

No deja de ser paradójico encontrar un personaje que, inmerso en el tedio y la melancolía, tenga el suficiente carácter para enfrentar los

designios que impone la cotidianidad haciendo uso del humor necesario, al que además califica de mágico. La magia, que, como en los cuentos de hadas, es necesaria para vencer a los enemigos.

Pero en Jakob ese humor no es la comedia casual o la simple burla. En Jakob es la sátira, la ironía, la insolencia, es la burla premeditada que hace él mismo de su condición y de quienes le rodean. Como resalta Borges, en la sátira el “método es la intromisión de sofismas, su única ley la simultánea invención de buenas travesuras. Me olvidaba: tiene que ser memorable”.

¿Quién podría olvidar, por ejemplo, el currículum con el que Jakob pretende obtener un trabajo? ¿Quién podría evitar reírse ante tan elaborada ocurrencia? ¿Cómo no imaginar las caras de sorpresa de sus directores al leerlo?

El que suscribe, Jakob von Gunten, hijo de buena familia, nacido el día tal del año tal, educado en tal y tal lugar, ha ingresado como alumno en el Instituto Benjamenta a fin de adquirir los escasos conocimientos necesarios para entrar al servicio de alguien. El infrascrito no espera absolutamente nada de la vida. Desea ser tratado con severidad para saber qué significa tener que dominarse. Jakob von Gunten no hace grandes promesas, pero se propone comportarse de manera honesta y encomiable.

Y continúa:

Confía en ser moderno y de alguna manera apto para prestar servicios, además de no demasiado tonto e inútil; pero miente, pues no sólo confía, sino que lo afirma y sabe. De carácter rebelde, en él perviven todavía ciertos rasgos del espíritu indomable de sus antepasados; sin embargo, pide ser reconvenido si da muestras de obstinación, y si esto no surtiera efecto, ser castigado, pues cree que entonces sí resultaría.

gancia que aún lo animan parcialmente, arrojándolos contra el inexorable roquedal de un trabajo duro. Es parco en palabras y jamás divulgará las confidencias que se le hagan. No cree en un reino de los cielos ni tampoco en un infierno. La satisfacción de quien lo emplee será su paraíso, y la triste reacción contraria, su infierno aniquilador; pero está convencido de que no habrá quejas contra él ni contra sus servicios. Esta firme certidumbre le da valor para ser lo que es.

POR SUPUESTO QUE LA ALEGRÍA TIENE UNA GRAN IMPORTANCIA, PERO ALEGRÍA Y SERIEDAD TIENEN QUE ALTERNARSE PARA QUE LA SERIEDAD TERMINE SIENDO SERIA; EN OTRAS PALABRAS: TIENEN QUE COLINDAR O APROXIMARSE LA UNA A LA OTRA. (ROBERT WALSER)

Concluye su carta de presentación, como para que no queden dudas de su propósito, afirmando:

En la actualidad aspira a vencer el orgullo y la arro-

Sin embargo, lo más importante es que como recompensa a esta provocadora actitud consigue vencer sus miedos y conquistar a su enemigo, aquel que fue enviado por el tedio y la melancolía para subyugarlo. Jakob

mismo describe el momento de su victoria en su diario:

He entregado mi currículum al señor director, lo ha leído entero, creo que hasta dos veces, y parece que le ha gustado, pues en sus labios pude ver algo así como un destello de sonrisa. ¡Oh!, claro que he observado atentamente a mi hombre. Esbozó una ligera sonrisa, es un hecho incontestable. Por fin un signo en cierto modo humano.

Todo esto nos lleva a una reflexión, tal vez, más encumbrada: ¿Tendría éxito el relato propuesto por Walser de no ser porque en medio de esa extenuante espera que es la cotidianidad aparecen estos inesperados instantes de revolución? Por lo menos una cosa es cierta, y es que de no ser por ellos no habría esperanza.

Como un milagro en medio de la tragedia, Walser juega con el lector durante su relato, lo somete al desconsuelo y la desolación para desde allí invitarlo a compartir con él una sonrisa:

Por eso me agradan tanto las coacciones de cualquier tipo: consienten el placer de transgredir la ley. Si en este mundo no hubiera ningún mandamiento, ningún deber, me moriría, me consumiría, me anquilosaría de aburrimiento. Necesito vivir espolado, forzado, sujeto a tutela. Es algo que me fascina. Al

final soy yo, y nadie más que yo, quien decide. Siempre consigo enfurecer un poco a la ceñuda ley, y luego me dedico a apaciguarla.

Memorables podrían considerarse, también, las obras de teatro que se realizan en el instituto, “comedias que degeneran en farsas, hasta que la maestra nos indica por señas que paremos”. Es cuando Jakob nos describe una de esas obras que, en medio de su diálogo, encontramos la ironía: “Mi estimada señora, soy ex alumno del Instituto Benjamenta. Disculpe el orgullo con el que lo digo”. “Pero usted mismo, señor, tenga la bondad de decirme, ¿Qué ha aprendido?”. “Pues, para ser sincero, debo decir que muy poco. Pero hoy en día no tiene mayor importancia saber mucho, usted misma tendrá que admitirlo”.

En palabras del mismo Jakob, siempre arrogante, “poseo lo que deseaba poseer, de ahí que tenga la impresión de poderlo todo, de sufrirlo y soportarlo todo alegremente”; se nos indica, entonces, que no hay por qué anhelar para él un destino diferente, él está satisfecho con su condición, y esa plenitud, que no duda en negarnos, le permite enfrentar el paso de los días.

Y es que muy a pesar del tedio y la melancolía, el texto mantiene ese tono irónico. Puede rastrearse en la descripción que hace Jakob de sus

compañeros, de sus maestros, del instituto, incluso de él mismo, eso sí, siempre consciente de su condición.

Yo, por ejemplo, estoy convencido de que Peter cosechará éxitos francamente escandalosos en la vida, y, cosa extraña: se los deseo. Más aún: tengo la sensación —una sensación muy confortable, punzante y placentera— de que algún día me tocará en suerte un amo, un patrón o un jefe igual a ese futuro Peter, pues los tontos como él están hechos para llegar lejos, para escalar, vivir bien y mandar, mientras que quienes, como yo, son en cierto sentido inteligentes, han de tolerar que sus propios talentos florezcan y se marchiten al servicio de otros. Yo, yo seré algo muy humilde y pequeño.

Para seguir adelante, debe aclararse que no todos tienen la capacidad de hacer una sátira y mucho menos de disfrutar de una sutil ironía. Borges nos advierte una vez más que “una vindicación elegante de esas miserias puede invocar la tenebrosa raíz de la sátira. Ésta (según la más reciente seguridad) se derivó de las maldiciones mágicas de la ira, no de razonamientos”. Es decir, aquel que se sienta lo suficientemente inteligente como para ser irónico se equivoca; “la vida exige emociones, no reflexiones”, nos advierte el mismo Walser.

Pero es aquí donde tropezamos con otra paradoja, pues para Bartra “un sujeto melancólico encuentra en su dolor la fuerza necesaria para la creación intelectual y artística”. Y es en esa ambigüedad que Walser resuelve preguntar: “¿De qué le sirven a un hombre sus ideas y ocurrencias si tiene, como yo, la sensación de no saber qué hacer con ellas? Pues nada”.

Pero esa respuesta no es satisfactoria; para el artista y el intelectual la respuesta es justamente la que nos plantea Scheerbart: “Estáis todos tan cansados, pero sólo porque no habéis concentrado todos vuestros pensamientos en un plan enteramente simple y enteramente grandioso”, y tal vez tenga razón y tal vez, sólo tal vez, ese simple y enteramente grandioso plan se halle oculto en hacer una revolución, proponer una sencilla y exitosa revolución contra la realidad que nos somete casi al punto de la desesperanza. Y como “Cada chiste es una pequeña revolución”, según afirma George Orwell, una sencilla rebelión probablemente, ¿por qué no afirmar que para vencer al desconsuelo y la desolación es necesaria la ironía?

Thomas Mann nos diría, entonces:

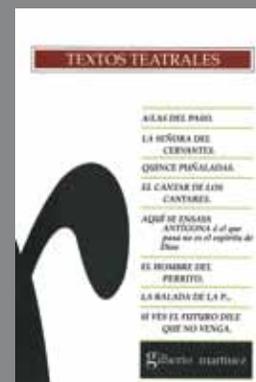
La ironía es siempre ironía hacia los dos lados; apunta tanto contra la vida como contra el espíritu, y esto le quita

el gran ademán y le confiere melancolía y humildad. También el arte es melancólico y humilde, siempre y cuando sea irónico; o, para ser más exacto, lo es el artista.

Y es que en vez de entregarse al tedio hay otra opción, y es dar rienda suelta a la premeditada ironía, que además alimenta al artista.

Debemos aceptar que no es fácil hacerle guiños a la realidad pero es de valientes intentarlo. Al final la recompensa supera por mucho cualquier expectativa, pues cuando “las heridas y sufrimientos ganan en profundidad, la alegría se torna más jubilosa y dura más que en otras partes, pues el que aquí se alegra parece haber conquistado siempre su derecho al gozo con agura y dureza, a base de fatigas y esfuerzos”. Y es precisamente en el abismo, luego de acompañarnos por sus senderos hasta lo más bajo, donde Robert Walser nos enseña su sonrisa: “Pero basta: ¡Tranquilo! ¡Silencio! ¿Qué puede saber de todo esto un alumno del Instituto Benjamenta?”. ■

Carlos Andrés Salazar M. (Colombia)
Candidato a Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit. Especialista en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit, Ingeniero de Control. Docente de cátedra de la Universidad Eafit, miembro del Semillero de Investigación en Hermenéutica y Literatura.



Textos teatrales
Gilberto Martínez
Publicación del autor
Medellín, 2011



El banquete Platón
Editorial Universidad de Antioquia
Traducción y notas Luis Gil
Medellín, 2011



Elegías del Duino
Rainer Maria Rilke
Editorial Universidad de Antioquia
Traducción y notas Luis Gil
Medellín, 2011